



El cine encuentra por fin a Bobby Fischer



Federico Marín Bellón

Periodista en ABC y crítico de cine.
Autor del blog "Jugar con Cabeza".



LA VICTORIA de Robert James Fischer en el verano sin noche de 1972 es, desde el punto de vista dramático, lo mejor que le ha pasado nunca a este juego. Los hechos reales, inalcanzables para la mente de un guionista, fueron tan perfectos que la ficción no supo nunca cómo asimilar una droga tan pura como el duelo del siglo. Bobby y Boris son además dos personajes por los que mataría cualquier cineasta. Pese a todo, el cine ha pasado de puntillas, atenazado por la responsabilidad, y puede que sea «Reikiavik», la obra teatral de Juan Mayorga, el texto más brillante jamás representado sobre este asunto.

El próximo 19 de agosto se estrenará en España «El caso Fischer» («Pawn sacrifice»). Es la primera gran película no documental que se atreve a mirar de frente un duelo en el que se vieron involucrados la CIA, el KGB y los gobiernos de ambas potencias. Fueron meses de Guerra Fría y de Vietnam, de atentado olímpico en Múnich (esta película llegó antes) y del estallido del Watergate en la cara de Nixon (historia también filmada). En semejante contexto, un simple juego le pareció a infinidad de medios de todo el planeta digno de llenar sus páginas, de aparecer en sus portadas. El séptimo arte miraba a otro lado, entretanto, en una especie de zugzwang artístico.

Que hayan pasado más de cuarenta años para poder ver en una gran pantalla aquel cuento islandés es casi un fenómeno paranormal. Y sin embargo, la espera era una demostración de prudencia. Resulta que el «caso Fischer» no era un mero trámite administrativo.

Es la primera gran película no documental que se atreve a mirar de frente un duelo en el que se vieron involucrados la CIA, el KGB y los gobiernos de ambas potencias.

FICHA DE LA PELÍCULA

«El caso Fischer» («Pawn sacrifice») EE.UU. / Canadá, 2014, 115 minutos. **Director:** Edward Zwick. **Intérpretes:** Tobey Maguire (Bobby Fischer), Liev Schreiber (Boris Spassky), Peter Sarsgaard (William Lombardy), Lily Rabe (Joan Fischer), Robin Weigert (Regina Fischer), Brett Watson (Lothar Schmid).

Al igual que el movimiento más inocente en una partida de ajedrez tiene sus consecuencias, la cinta muestra con transparencia el resultado de haber tomado varias decisiones comprometidas.

De entrada, el periodo escogido para la narración es discutible. Los primeros minutos están dedicados a contar los años previos del genio de Chicago (o de Brooklyn). La segunda parte cuenta lo que ocurrió en su etapa adulta, con Reikiavik como meta y desenlace. El filme se acaba, sin embargo, antes que el propio «match», final parcheado con los consabidos mensajes sobre las desventuras posteriores de Fischer. Lo que ocurrió entre 1972 y 1975 se despacha en un par de líneas, al igual que lo sucedido tras la coronación sin lucha (es un decir, aunque ya no lo pueda contar Korchnoi) de Kárpov.

Desde muy pronto, por otro lado, el guión pone el acento en la singularidad psicológica del ajedrecista, más que en sus extraordinarias dotes para el juego. Entra esta elección en la corriente dominante que impregna las «biopic» o películas biográficas modernas. Si durante décadas estuvieron de moda las hagiografías, ahora el último grito es destruir al protagonista, ya sea Alfred Hitchcock, el gran Vázquez o Bobby Fischer.



Tobey Maguire, que interpreta a Bobby Fischer, se involucró mucho en el film, siendo uno de sus productores.

La empatía se destruye, casi de forma forzosa, sacrificio que rara vez tiene compensación posterior. En el caso que nos ocupa, además, resulta paradójico que se ponga el acento en las patologías del genio, para abandonarlo justo cuando estas se pusieron de verdad de manifiesto, a partir de 1972, una vez encerrado en su torre de marfil.

Imita gestos y poses, pero su estatura es demasiado corta y el escaso parecido físico con el original lastra su credibilidad. Es cierto que todo esto tiene una importancia real limitada, nula para los no aficionados, pero el rostro de Fischer es demasiado conocido para no exigir un poco más en este terreno.

La elección del reparto es otro punto conflictivo. Liev Schreiber, como cabía esperar de un actor de su talla, hace un retrato meritorio con los pocos minutos y diálogos que le concede la película. Quizá por eso a algunos les puede parecer que raya la caricatura. Más sorprendente es la irrupción de Peter Sarsgaard en el

Peter Sarsgaard en el papel de William Lombardy, hace un gran trabajo como secundario, que la película entera agradece.

papel de William Lombardy, reverendo de limitado talento que fue la única ayuda técnica y espiritual de Fischer, frente a la implacable maquinaria soviética. El actor hace un gran trabajo como secundario, que la película entera agradece.

Desde el punto de vista técnico-ajedrecístico, «El caso Fischer» supera con nota los escollos en los que suele tropezar el género. Los tableros están bien colocados, las partidas son reales y las posiciones, aunque la cámara las muestre de refilón, parecen auténticas. Pese a todo, se escapa alguna imprecisión. En

una escena, Fischer reproduce una partida de la mítica revista «Ajedrez en la URSS» y empieza con las inverosímiles jugadas h4 y h5. En otra, Spassky le habla mientras están jugando, algo que quizá ocurrió, aunque no deja de sorprender. En la famosa captura suicida de peón en h2, en la primera partida del Mundial, el espectador podría creer que el americano se rindió de forma inmediata, cuando se realizaron 26 movimientos más e incluso la partida se llegó a aplazar. Luego se dice que la sexta fue la mejor de la historia, juicio que se antoja exagerado...

Y prácticamente ahí terminan el campeonato y la película. Entretanto, ¿cuántas veces vemos a Fischer desenroscar paranoico los teléfonos? ¿Por qué los «efectos especiales» del principio, que intentan mostrar el pensamiento ajedrecístico, desaparecen cuando crece el personaje?

Comentaba el propio Spassky su decepción con el retrato, que le pareció «artificial», mientras que las actuaciones de los protagonistas eran en su opinión una «impostura», en especial la de Maguire como Fischer. Es comprensible que al gran maestro no le satisfaga ningún actor, pero el viejo campeón acertaba en parte al señalar que el fallo del filme es eludir su conflicto: por qué accedió a continuar, cuando tuvo tantas oportunidades (y presiones) para abandonar la isla victorioso.

Edward Zwick y los guionistas, con Steven Knight a la cabeza (qué apellido tan apropiado el del escritor de la excelente «Promesas del Este») pasan por alto esa duda, con el KGB presionando para que Spassky reclamara la victoria. Al espectador no iniciado le faltarán elementos de juicio para comprender el increíble y caballeroso sacrificio que hizo el ruso para que el duelo tuviera lugar, o su rendición psicológica al aceptar jugar la tercera partida en una salita ridícula, todo ello en contra del criterio de su propio equipo.

En cuanto a Fischer, su infancia no disculpa los desvaríos posteriores del genio y la relación con su madre es otra caricatura. Sus posturas políticas y sentimentales, que fuera vigilado por los servicios secretos durante media vida, no lo justifican todo. Como es natural, todo esto lo cuenta mucho mejor Frank Brady en el libro «Endgame», que acaba de editar Teell. La amistad que acabó desarrollando con Spassky se omite por completo, por otro lado.

Con todo, la película también atesora indudables virtudes. Tiene ritmo, es amena y sabe transmitir la emoción y la brutal presión psicológica que sufrieron sus protagonistas en medio del fervor de un público que no entendía nada.

La película atesora indudables virtudes. Tiene ritmo, es amena y sabe transmitir la emoción y la brutal presión psicológica que sufrieron sus protagonistas en medio del fervor de un público que no entendía nada. La factura técnica es asimismo impecable.

La factura técnica es asimismo impecable. Se trata de la obra de un equipo profesional que entiende más de cine que de ajedrez (algo que no es malo), pero que conoce la importancia del material que tiene entre manos y se esfuerza en recrear con precisión la época y los detalles, como la forma en que cogen las piezas los actores. Y aunque falle al indagar en las mentes de los protagonistas, otro terreno de juego ideal para la novela, los

hechos esenciales (quizá demasiados) se cuentan con oficio.

El cine llevaba años buscando a Fischer. Lo ha encontrado por fin. Lo deja escapar vivo, es cierto, pero el mero esfuerzo merece un aplauso.

